

lluvia de balas y flechas que los de la playa les arrojaron. Los asaltantes viraron hacia sus bajeles y se dirigieron al Oeste, rumbo á Sisal, de lo que se dió aviso al Gobernador, pero no se tuvo noticia de ellos en muchos meses. Sin duda comprendieron que estaba todo el país prevenido, y, dejando las operaciones para más adelante, se fueron á alguna guarida que no lejos tendrían á esperar la ocasión de una sorpresa.

Muy pronto volvieron los ingleses á despertar el terror de los habitantes de la península apareciéndose de paso para la costa del Oeste con sus tres navíos grandes y un patache en el propio puerto de Río Lagartos. Esto aconteció el mes de Febrero del año de un mil seiscientos. Se temió que llevasen su audacia hasta internarse para sorprender á la capital de la provincia y se tomaron las precauciones más escrupulosas. Se fortificó el puerto de Sisal, se prepararon doce piezas de artillería en la plaza mayor de Mérida y se destacaron tropas en los pueblos de Caucel, Ucú y Hunucmá, situados en el camino del puerto de Sisal, que estaba abierto desde entonces, y era el único por donde podían entrar los ingleses. El Gobernador Don Diego Fernández de Velazco que ya debía estar cansado de tantas zozobras de piratas, situó su cuartel general en Hunucmá. Le había precedido en la marcha el capitán Ambrosio Argüelles que salió de Mérida el nueve de Marzo del año de mil seiscientos, y desde Hunucmá el Gobernador envió á Sisal al capitán Juan de Magaña, regidor del cabildo de Mérida, con crecido socorro. Estas medidas impidieron el desembarco de los ingleses que llegaron al puerto referido el doce de Marzo y se mantuvieron á la vista hasta principios de Abril, durante veinte y cuatro días.

Pero tiempo después ocurrió un suceso marítimo que da idea de la incertidumbre de todas las determinaciones del gobierno de la provincia de Yucatán por causa de los piratas ingleses que acechaban constantemente sus costas. El capitán citado Ambrosio Argüelles solicitó permiso para ir á pacificar á los indios de la bahía de la Ascención. Le fué concedido por el Gobernador Don Diego Fernández de Velazco en capitulación formada ante el escribano público Luis de Torres, el veinte y tres

de Noviembre de mil seiscientos uno. En Febrero de mil seiscientos dos salió de Río Lagartos el capitán Argüelles con una fragata de buen porte, una lancha larga y cuatro canoas, y los víveres, municiones, herramienta de desmonte y cuanto creyó ser necesario para la expedición. Dobló esta escuadrilla el cabo Catoche y se dirigió al Sur. De este rumbo venía una gran nave que luego que avistó los buques yucatecos se dirigió á ellos. Cuando se puso al habla ordenó que amainasen á Inglaterra. A pesar de la inferioridad de sus elementos, el capitán Argüelles contestó con una descarga de artillería. La lucha que siguió fué corta. Unas cuantas andanadas de la nave inglesa bastaron para desarbolar la fragata y canoas que la seguían. Los vencedores se apoderaron de los cascos y de su contenido echando á Argüelles y á los suyos á la playa. Al cabo de tres meses llegaron pobres y tristes á Mérida los que habían salido con planes de conquista y soñando en obtener mercedes reales.

Los accidentes que sufrían en alta mar los barcos que venían á Yucatán ó salían de sus costas eran tan numerosos casi como los viajes. Todo el mundo sabe que á principios del siglo XVII el Atlántico estaba cruzado constantemente por los piratas y que se tenía como un milagro llegar á España ó á estas tierras sin encontrarlos. Presentábanse periódicamente en los puertos de nuestras costas, á veces sin hacer señal de asaltarlos, buscando sin duda, abrigo contra los vientos ó esperando la oportunidad de salir al encuentro de las flotas de España. Esto bastaba para poner en zozobra á los habitantes de la Península que ni podían contar con recibir los efectos que pedían á España, ni con terminar felizmente sus viajes marítimos. No se trataba de uno ó dos buques. Surcaban el mar numerosas escuadras de seis, diez ó más, henchidas de piratas. Cuando la espera de las naves de España se les hacía fastidiosa ó poco lucrativa, invadían la tierra firme saqueando las poblaciones y matando á sus habitantes. El año de mil seiscientos treinta y tres, tiene un recuerdo luctuoso en los anales de Campeche. El once de Agosto aparecieron diez navios piratas en sus aguas. A pesar de heroica defensa en que murieron los capitanes Domingo, Galvan, Romero, Juan de Piña, Pedro Daza, el alférez Hernando Diaz,

varios vecinos principales y mucha gente del pueblo, la villa fué ocupada por los asaltantes, saqueada y destruida sin piedad, y no fué abandonada sino cuando plugo á los piratas que al embarcarse, cargaron con todo el fruto de sus depredaciones sin perdonar una gran cantidad de palo de tinte, que estaba apilada en la orilla del mar. Habian pedido cuarenta mil duros por el rescate de la villa, y como se rehusasen los regidores á satisfacer los desos de los piratas, estos, cuando creyeron necesario levar anclas, descargaron varias andanadas contra los edificios, con lo que destruyeron muchos de ellos.

Era tan grande el terror que inspiraban los piratas que infestaban nuestras costas, y tales las precauciones que se adoptaban, que á veces las naves que venian de España desembarcaban sus pasajeros en diversos puntos de la costa donde no era costumbre atracar. A principios de mil seiscientos treinta y seis, D. Diego Zapata de Cárdenas, Marqués de Santo Floro, nombrado Gobernador de la provincia, tuvo que tomar tierra en Jilam, temeroso de un mal encuentro. No resultó infundada la previsión porque después de su desembarco el buque en que habia venido pasó al puerto de Sisal á descargar sus efectos y cerca de allí fué robado y quemado por una escuadra de piratas. En Septiembre de mil seiscientos cuarenta y cuatro, un tal Jackson que se hacía dar el título de Conde de Santa Catalina, amenazó á Campeche con once urcas en que llevaba mil quinientos hombres. No bajó á dicha villa porque se encontraba muy bien defendida, pero pasó á Champotón, donde permaneció algunos días robando y matando. Al volver á sus urcas se llevó prisioneros á dos frailes que habia encontrado en el templo, que durante su permanencia en la población, fué convertido en establo y matadero de ganado vacuno.

En mil seiscientos ochenta y cinco, la plaza de Campeche fué sorprendida por un pirata flamenco llamado Laurent Graff, á quien la tradición y las crónicas dan el nombre de Lorencillo. La mayor parte de los habitantes huyó á los campos vecinos y Laurent Graff se entregó á toda clase de crímenes. No contentos los ocupantes con lo que podían robar en la villa, salían en partidas á saquear los pueblos y haciendas de los alrededores.

El estupor era tan grande en toda la península que nadie pensaba en auxiliar á Campeche que gemía bajo las depredaciones de los piratas. Fué preciso que corriese la voz de que Lorencillo pensaba venir á Mérida con sus hordas para que el Gobernador que era D. Juan Bruno Tello de Guzmán, pusiese en movimiento una compañía que habia hecho venir de Valladolid y otras fuerzas de la capital con dirección á Campeche. En Hecelchakan se detuvo é hizo avanzar hasta Hampolol al Capitán D. Juan Chacón al mando de una parte de la columna. El audaz Lorencillo salió de Campeche para atacar á Chacón que le recibió como bravo y le hizo volver á la villa con muchas pérdidas. Chacón le persiguió con tenacidad y hubiera deshecho por completo á los piratas si el Sr. Tello de Guzmán le hubiera enviado auxilios desde Hecelchakan. A pesar de este injustificable abandono del gobernante, la posición de Lorencillo se hacia difícil por la presencia de Chacón en los alrededores de la villa. D. Felipe de la Barrera, valeroso campechano que con una partida de hombres que le seguian, habia estado molestando á los piratas desde los primeros momentos de la invasión, cobró ánimo y se reunió á los soldados de Mérida. Laurent Graff no esperó que estos dos valientes meditasen un plan de campaña. Se embarcó violentamente con riquezas considerables y por despedida pegó fuego á la población.

Lorencillo debía tener un lugar cercano para guarecerse, según que al año siguiente de mil seiscientos ochenta y seis volvió á aparecer por la costa oriental amenazando á Valladolid. Penetró cuarenta leguas tierra adentro, hasta un punto llamado Tixcacal, cuatro solamente de Valladolid y desde aquí, después de un encuentro con una fuerza que mandaba el encomendero de Tihosuco D. Ceferino Nicolás Pacheco, volvió las espaldas y ganó sus bajeles, temeroso de verse envuelto en el centro de la provincia.

Los campechanos después de la salida de Laurent Graff, comprendieron que tenían necesidad de tomar serias medidas para evitar la repetición de los desastres que acababan de sufrir. Pensaron que la construcción de una muralla los pondría á cubierto de ellos y celebraron juntas con ese objeto. La suscripción

que se abrió en los primeros momentos produjo trece mil quinientos pesos. El rey Carlos II mandó dar á los comisionados de las obras diez mil pesos de las cajas reales, y se impuso además una contribución de medio real por cada fanega de sal que se exportase, contribución que más adelante, por exigirlo las erogaciones de la construcción se aumentó á cuatro reales por fanega. Con el auxilio de estos y otros recursos que se arbitraron con energía y diligencia se llevó á cabo la construcción de esas sólidas murallas que dan á Campeche su aspecto militar. Los cimientos se abrieron el año de un mil seiscientos ochenta y seis, siendo gobernador D. Juan Bruno Tello de Guzmán y la obra se concluyó ochenta y seis años después, en mil setecientos sesenta y nueve, gobernando el mariscal de Campo de los reales ejércitos D. Cristóbal de Zayas. El costo fué de doscientos veinte y cinco mil veinte y cuatro pesos cinco tomines.

No hemos hablado de todas las sorpresas que nuestros abuelos sufrieron desde mediados del siglo XVII por parte de los piratas. Particularmente en este último período la situación llegó á ser verdaderamente angustiosa en Yucatán cuyas costas carecían de seguridad, no solo para los barcos que á ellas se acercaban sino para las poblaciones que languidecían á largos trechos unas de otras en la playa. "Se harían casi interminables, dice un historiador, las páginas de este libro, si nos propusiéramos referir todas las invasiones de piratas, que acaecieron en el siglo XVII. La provincia en general se resentía de ese vandalismo, pero especialmente la villa de Campeche, que por estar situada á la orilla del mar, era bastante accesible á cualquiera sorpresa. Vez hubo en que habiendo desembarcado durante la noche un centenar de piratas, se apoderaron de todas las iglesias, tocaron á misa á las cuatro de la mañana, y habiendo aprehendido á todos los devotos que concurrieron al llamamiento, pudieron saquear impunemente la población." (5) Tal estado de cosas aumentó el aislamiento de esta parte de las colonias españolas, impidió el corto progreso que hubiera podido alcanzar aun en tiempo de los reyes, y rodeó la península de cierta atmósfera

[5] Aneón. Historia de Yucatán. Lib. IV cap. VII. tomo 2.

de tristeza. Aun hoy, el nombre de Yucatán significa en el interior de la República algo de destierro, de soledad y de lejanía. Por más que han hecho los yucatecos en estos últimos años no han conseguido borrar por completo la impresión que produjeron en el mundo las noticias constantemente divulgadas acerca de la despoblación, de la pobreza y de la inseguridad de estas comarcas.

El siglo inmediato posterior no trajo mejoría de ningún género. Un curioso incidente hará ver la confianza que llegaron á adquirir los piratas en nuestras costas, la debilidad de nuestras defensas, y la manera con que se vivía en Yucatán á principios del siglo XVIII. Fué nombrado por el rey D. Felipe V gobernador de la provincia de Yucatán el maestre de Campo D. Fernando Meneses Bravo de Zaravia, para sustituir á D. Martín Urzua y Arizmendi, el año de mil setecientos ocho. Venía de España á hacercerse cargo de su empleo, y en la sonda de Campeche fué asaltado su buque por un pirata. Conociendo éste la valiosa presa que había caído entre sus manos pidió catorce mil pesos por el rescate y hubo el futuro Gobernador de conformarse con la tasa y aun de permitir que el pirata le acompañase á Campeche, quedando toda la familia en rehenes en el queche de Bigotes, nombre que se daba á ese bandido del mar, porque los usaba enormes. Bajaron el gobernador y el pirata á tierra, en un bote del segundo, tripulado por su gente. D. Fernando Meneses, acompañado de su aprehensor, dictó las órdenes necesarias para que se reuniese en el acto el cabildo de la villa. Asistieron á la sesión el pirata y el Gobernador con gran asombro de los concejales campechanos que no acababan de creer que era el temido Bigotes, terror hacia muchos años de la Península, el que estaba sentado, sólo, en uno de los escaños de la sala capitular. La notificación que hizo D. Fernando Meneses Bravo de Zaravia de que necesitaba catorce mil pesos para despachar al pirata, llenó á todos de estupor. Llamándole aparte varios concejales le propusieron eludir un compromiso arrancado por la necesidad. Le hicieron ver lo fácil que era apoderarse de la persona del jefe de los piratas y atacar al queche con un guardacosta que estaba disponible; pero todo fué en vano. El peligro

en que se encontraba su familia le dió fuerzas para hacerse obedecer, y pudo entregar la suma convenida, después de cuyo recibo, Bigotes hizo desembarcar á los rehenes.

Aunque entre los piratas á veces se encontraban individuos que no eran ingleses, esto se tenía como una excepción. Los más de ellos lo eran. Nuestros padres, para designarlos, usaban indistintamente de las palabras enemigo, inglés, hereje, pirata ó corsario. (6)

[6] Manuel Peniche. Historia de las relaciones de España y México con Inglaterra sobre el establecimiento de Belice. Capítulo I.



CAPITULO III.

Fundación de Belice.—Los ingleses en el Cabo Catoche.—Inspección de Belice por el Gobierno de Yucatán.—Tratado de Utrech.—Reconocimiento hecho por Inglaterra de la propiedad de España en el territorio de Belice.—Los piratas son desalojados de la laguna de Términos.—Expedición de D. Antonio de Cortaire y Terreros contra Belice.—Expedición del manco Figueroa.—Los pescadores de tortugas.—Expedición del Gobernador Salcedo.—Tratado de Aix-le-Chapelle—Expedición del Marqués de Iscar.—Expedición del mariscal Navarrete.—Proyectos del Marqués de la Ensenada.—Fernando VI.—Carlos III.—El pacto de familia.—Tratado de Paris.—Primera concesión de España á los ingleses.—Medida que adoptó España para disminuir los efectos de la concesión de 1763.

Para no tener qué volver á Europa, muchos de los piratas que salían de sus costas buscaron algunos lugares poco frecuentados por las velas españolas en dónde guarecerse, después de sus excursiones, y prepararse á otras nuevas. En mil seiscientos veinte y cinco ocuparon la isla de San Cristóbal. Después se apoderaron de una parte de Santo Domingo, y en mil seiscientos treinta y ocho invadieron la costa Sur Este de Yucatán y establecieron su guarida más segura y favorecida en la desembocadura del río que ahora llamamos Belice, (1) y en las islas de

[1] Almanaque de Belice de 1888 á 1889.